

D.^a ANA—Si con él pierdo la vida,
 Mejor me estaba el engaño.
 (*Quítanse de la ventana.*)

ESCENA XIX.

D. JUAN Y BELTRAN, EL DUQUE Y D. MENDO.
 (*Hacen dentro ruido de cuchilladas.*)

D. MEN.—Allí suenan cuchilladas.

DUQUE.—Estas damas, de mi voto,
 Sigamos.

D. MEN. (*ap. con don Juan.*) Es más devoto
 De mujeres que de espadas.

D. JUAN (*á su criado*). Y así al más amigo abona,
 Para que advertido estés.

BELTRAN (*ap. á don Juan*). Su lengua en efeto es
 La que á nadie no perdona.

—•••••

ACTO SEGUNDO.

Habitacion del Duque en Alcalá de Henares.

ESCENA I.

EL DUQUE, D. JUAN Y BELTRAN,
todos de color.

DUQUE.—¿Cómo los toros dejais?

D. JUAN—Viéndome sin vos en ellos,
 Estaba de los cabellos.
 ¿Del juego cómo quedais?
 Que era robado el partido.

DUQUE.—Cogiéronme de picado.
 He perdido, y me he cansado.

D. JUAN—Mil cosas habeis perdido,
 El descanso y el dinero
 Y los toros.

BELTRAN —¿Que haya juicio
 Que del cansancio haga vicio,

Y tras un hinchado cuero,
 Que el mundo llama pelota,
 Corra ansioso y afanado!
 ¿Cuánto mejor es sentado
 Buscar los piés á una sota
 Que moler piernas y brazos?
 Si el cuero fuera de vino,
 Aun no fuera desatino
 Sacarle el alma á porrazos.
 ¡Pero perder el aliento
 Con una y otra mudanza,
 Y alcanzar, cuando se alcanza,
 Un cuero lleno de viento;
 Y cuando, una pierna rota,
 Brama un pobre jugador,
 Ver al compás del dolor
 Ir brincando la pelota!

D. JUAN—El brazo queda gustoso
 Si bien la pelota dió.

BELTRAN—Séneca la comparó
 Al vano presuntüoso,
 Y esa semejanza ha dado
 Sin duda al juego sabor,
 Porque no hay gusto mayor
 Que apalea un hinchado.
 Mas si miras el contento
 De un jugador de pelota,
 Y un cazador que alborota

Con halcon la cuerva al viento,
 ¿Por dicha tendrás la risa
 Viendo que á presa tan corta
 Que vencida nada importa,
 Corre un hombre tan de prisa
 Que apenas tocan la yerba
 Los caballos voladores?
 ¡Válgaos Dios por cazadores!
 ¿Qué os hizo esa pobre cuerva?

DUQUE.—De la guerra has de pensar
 Que es la caza semejanza,
 Y así el ardid, la asechanza,
 El seguir y el alcanzar
 Es gustoso pasatiempo.

BELTRAN—¿Mil contra una cuerva? Sí,
 Bien dices, que son así
 Las pendencias de este tiempo.

D. JUAN—Beltran, satirico estás.

BELTRAN—¿En qué discreto, señor,
 No predomina ese humor?

D. JUAN—Como matas morirás.

BELTRAN—En Madrid estuve yo
 En corro de tal tijera,
 Que la pegaba cualquiera
 Al padre que lo engendró;
 Y si alguno se partía
 Del corro, los que quedaban,
 Mucho peor dél hablaban

Que él de otros hablado habia.
Yo, que conocí sus modos,
A sus lenguas tuve miedo,
Y ¿qué hago? estóime quedo
Hasta que se fueron todos.
Pero no me valió el arte,
Que, ausentándose de allí,
Solo á murmurar de mi
Hicieron un corro aparte.—
Si el maldiciente mirara
Este solo inconveniente,
¿Hallárase un maldiciente
Por un ojo de la cara?

D. JUAN—¿Fuera por eso peor?

BELTRAN—Espántome que eso ignores.

Más que cien predicadores
Importa un murmurador.
Yo sé quién ni con sermones,
Ni cuaresmas, ni consejos
De amigos sabios y viejos,
Puso freno á sus pasiones,
Ni sus costumbres redujo
En gran tiempo; y solamente
De temor de un maldiciente,
Vive ya como un cartujo.

DUQUE.—Digo que teneis, don Juan,
Entretenido criado.

D. JUAN—Es agudo y ha estudiado

Algunos años Beltran.

DUQUE.—¿Qué hay de doña Ana?

D. JUAN —Esta noche

Párte sin duda á Madrid.

DUQUE.—Nuestra invencion prevenid.

D. JUAN—Ella, Duque, va en su coche,

Su gente en uno alquilado.

DUQUE.—Bien nos viene.

D. JUAN —Así lo espero.

DUQUE.—¿Apercibióse el cochero?

D. JUAN—Ya, señor, lo he concertado.

DUQUE.—¿Y está en los toros doña Ana?

D. JUAN—No la he visto; pero sé

Que cuando en ellos esté,

Ni en andamio ni en ventana

De suerte estará que pueda

Ser de nadie conocida;

Que no por fiestas olvida

Obligaciones que hereda.

DUQUE.—¿Cuántos toros vistes?

D. JUAN —Tres,

Y entró don Mendo al tercero,

Despreciando en un overo

Al amor y al interes.

Salió con verde librea,

Robando así corazones,

Que aun el toro á sus rejonés

Con su muerte lisonjea.

DUQUE. —¿Tan bueno anduvo el Guzman?

D. JUAN—En todo es hombre excelente
Don Mendo.

DUQUE. (*Ap.* ¡Cuán diferente
Suele hablar él de don Juan!)
—Cansado estoy.

D. JUAN —Reposar
Podeis, señor, entretanto
Que da Dictis con su manto
A nuestra invencion lugar.

DUQUE. —Que á su tiempo me despiertes
Te encargo.

D. JUAN —Tendré cuidado.
(*Vase el duque.*)

ESCENA II.

DON JUAN Y BELTRAN.

BELTRAN—¿Por qué, señor, no has pintado
Caballos, toros y suertes?
Que con eso, y con tratar
Mal á los calvos, hicieras
Comedias con que pudieras
Tu pobreza remediar.
A que te cuenten, me obligo,
Seiscientos por cada una.

D. JUAN—Pues supongamos que en una

Eso que me adviertes digo;

En otra ¿qué he de decir?

Que á un poeta le está mal

No variar; que el caudal

Se muestra en no repetir.

BELTRAN—Para dar desconocidos

Estos platos duplicados,

Dar aquí calvos asados

Y acullá calvos cocidos.

Pero, señor, á las veras

Vuelva la conversacion.

¿No me dirás la intencion

Que llevan estas quimeras?

¿Para qué se han prevenido

Los dos capotes groseros?

¿Qué es esto de los cocheros?

D. JUAN—Escucha: irás advertido.

Desde aquella alegre noche

Que al gran Precursor el suelo

Celebra por alba hermosa

Del sol de Justicia eterno;

De la encontrada porfia

En que me opuso don Mendo,

A mil gracias que conté

De doña Ana, mil defetos;

En el corazon del Duque

Nació un curioso deseo

De cometer á sus ojos

La difinicion del pleito.
 A don Mendo le explicó
 El Duque este pensamiento,
 Y para ver á doña Ana
 Quiso que él fuese el terceró.
 Él se excusó, procurando
 Divertirlo deste intento,
 O temiendo mi vitoria,
 O anticipando sus celos.
 Creció en el mancebo duque
 El apetito con esto;
 Que sospechando su amor,
 Hizo tema del deseo.
 Declaróme su intencion,
 Y yo en su ayuda me ofrezco,
 Dándome esperanza á mi
 Lo que temor á don Mendo.
 Y como doña Ana estaba
 Aquí velando á San Diego,
 Venimos hoy á los toros
 Más por verla que por verlos.
 Y sabiendo que esta noche
 Se páрте mi dulce dueño,
 Por quien ya comienza Henáres
 El lloroso sentimiento;
 Por poder gozar mejor
 De su cara y de su ingenio,
 Porque las gracias del alma

Son alma de las del cuerpo;
 Trazamos acompañarla
 Sirviéndole de cocheros,
 Nuevos faetontes del sol,
 Si atrevidos, no soberbios.
 Con los cocheros ha sido
 Para este fin el concierto,
 Para esto la prevencion
 De los capotes groseros;
 Que á tales trazas obliga
 En ella el recato honesto,
 En el Duque sus antojos,
 Y en mí, Beltran, mis deseos.

BELTRAN—Todo lo demas alcanzo,
 Y eso postrero no entiendo.
 ¿Cómo en el amor del Duque
 Funda el tuyo su remedio?

D. JUAN—Miétras sin contrario fuerte
 Ame doña Ana á don Mendo,
 Ella está en su amor muy firme,
 Y á mudalla no me atrevo:
 Y como el Duque es persona
 A cuyas fuerzas y ruegos
 Puede mudarse doña Ana,
 Que la conquiste pretendo,
 Para que andando mudable
 Entre los fuertes opuestos,
 No estando firme en su amor,

- Esté flaca á mi deseo.
- BELTRAN—Esa es cautela que enseña
El diestro don Luis Pacheco,
Que dice que está la espada
Mas flaca en el movimiento.
- D. JUAN—Mejor se sujeta entónces:
De esa lición me aprovecho.
- BELTRAN—Y dime, por vida tuya,
¿Agora sales con esto?
¿No eres tú quien me dijiste:
«Si desta vez no la muevo,
Morirá mi pretension,
Aunque vivan mis deseos?»
- D. JUAN—Imita mi amor al hijo
De la tierra, á aquel Anteo,
Que derribado cobraba
Nueva fuerza y valor nuevo.
- BELTRAN—Pensé que desesperado
Lo curabas como á muerto;
Que aunque la traza es aguda,
Pongo gran duda en su efeto;
Que el Duque es muy poderoso:
Llevarála.
- D. JUAN —Por lo ménos,
Si vence, alivio será
Que por un duque la pierdo;
Y si no, consolaráme
Ver que lo que yo no puedo,

- Tampoco ha podido un duque.
- BELTRAN—En fe de aquesos consuelos
Has cortado la cabeza
Totalmente á tus intentos,
Y estando tu mal dudoso,
Has querido hacerlo cierto.
Quieres que el duque la lleve
Por quitársela á don Mendo,
Y del daño el daño mismo
Has tomado por remedio.
El epigrama que á Fanio
Hizo Marcial, viene á pelo.
- D. JUAN—¿Cómo dice?
- BELTRAN —Traducido,
Dice así en lenguaje nuestro:
«Queriendo Fanio huir
Sus contrarios, se mató.»
¿No es furor, pregunto yo,
Para no morir, morir?
- D. JUAN—El epigrama es agudo;
Mas la aplicacion te niego;
Que no es, como tú imaginas,
Que venza el Duque, tan cierto;
Que si él es grande de España,
Es el querido don Mendo,
Y esto es ser grande tambien
En la presencia de Vénus.
- BELTRAN—Grandes son los dos contrarios,

Y tú, señor, muy pequeño;
 Mas si fortuna te ayuda,
 Juzgo posible tu intento.
 Dos valientes salteadores,
 Por un hurto que habian hecho
 Riñeron, que cada cual
 Lo quiso llevar entero;
 Y miéntras ellos reñian,
 Un ladroncillo ratero
 Cogió la presa.

D. JUAN —Dios quiera
 Que me suceda lo mesmo. (*Vanse.*)

ESCENA III.

Sala de paso en la casa donde se hospeda doña Ana,
 en Alcalá.

D.^a ANA Y D.^a LUCRECIA, *de camino.*

D.^a ANA—¿Cómo en los toros te ha ido?

D.^a LUC.—Jamás hicieron provecho
 En las dolencias del pecho
 Los remedios del sentido;
 Que en un rabioso cuidado,
 Tanto con el alma asisto,
 Que aunque los toros he visto,
 Prima, no los he mirado.

D.^a ANA—Yo apostaré que hay amor.

D.^a LUC.—Forzoso es ya que te cuente,
 Porque el daño no se aumente,
 La causa de mi dolor.
 —Doce veces ha vestido
 Febo de luz á su hermana,
 Despues, hermosa doña Ana,
 Que me sujetó Cupido.
 Mas no fácil en mi amor
 Llevó el que adoro la palma;
 Que al postrer precio del alma
 Le rendí el primer favor.
 Hasta aquí te lo he callado,
 Porque muestra liviandad
 La que sin necesidad
 Manifiesta su cuidado;
 Mas ya que teme el amor,
 Si callo, un agravio injusto;
 Viendo que se anega el gusto,
 Se arroja á nado el honor.
 Don Mendo es pues el sugeto
 Por quien quiso amor que muera;
 Que menor causa no hiciera
 En mí tan tirano efeto.
 Supe que daba en mirar
 Tu belleza soberana;
 Que solo por tí, doña Ana,
 Me pudiera á mí olvidar.
 A mi celosa querella

Satisfacer intentó;
 Mas aunque el fuego aplacó,
 Quedó viva la centella.
 Supe que á Henáres venia
 Hoy con galas y librea:
 ¿Por quién quieres tú que sea,
 Si á mi en Madrid me tenia?
 Pedí á mi padre licencia
 Para venir á Alcalá,
 Y porque estabas tú acá
 Me ha permitido esta ausencia.
 No vine á los toros, no,
 Mas á impedir nuestro daño,
 Con que sepas tú tu engaño
 Y mi desengaño yo.
 Y porque probar pretendo
 Mi verdad, este papel
 Mira, y confirma con él
 Las traiciones de don Mendo.
 A los celos satisface
 De que yo cargo le hice:
 Mira de tí lo que dice,
 Y contigo lo que hace.

—(Da un papel á doña Ana.)

D.^a ANA (Lee.)—« Tu sentimiento encareces,
 « Sin escuchar mis disculpas:
 « Cuanto sin razon me culpas,
 « Tanto con razon padeces.

« Si miras lo que mereces,
 « Verás cómo la pasion
 « Te obliga á que sin razon
 « Agravies en tu locura
 « Con las dudas la hermosura,
 « Con los celos la eleccion.
 « Lucrecia, de tí á doña Ana
 « Ventaja hay mas conocida,
 « Que de la muerte á la vida,
 « De la noche á la mañana.
 « ¿Quién á la hermosa Diana
 « Trocará por una estrella?
 « Deja la injusta querella,
 « Desengaña tus enojos;
 « Que tengo un alma y dos ojos
 « Para escoger la mas bella. »

D.^a LUC.—¿Qué dices de ese papel?

D.^a ANA—Si estás viendo, prima, aquí

Lo que él ha dicho de mí,
 ¿Qué quieres que diga dél?
 Pierde el cuidado cruel
 Que te obliga á recelar
 Cuando así me ves tratar,
 Si es cosa cierta el nacer
 La injuria de aborrecer,
 Y la alabanza de amar.
 Mas cansada te imagino:
 Entra á reposar un rato;

Que para hablar de tu ingrato,
Será tercero el camino.

D.^a LUC.—Mi celoso desatino
El sueño me ha de impedir.

D.^a ANA—A las doce es el partir
Forzoso.

D.^a LUC.—Y tú ¿no reposas?

D.^a ANA—No, Lucrecia; que mil cosas
Me faltan por prevenir.

D.^a LUC.—¿Puedo ayudarte?

D.^a ANA—Ayudarme
Dejarme sola será.

D.^a LUC.—El obedecerte es ya
Forzoso. (Vase.)

D.^a ANA (Ap.—Como el matarme.)
¡Celia! (Llamando.)

ESCENA IV.

CELIA Y D.^a ANA.

D.^a ANA—Ven, ven á ayudarme
A lamentar mi tormento:
Presta tu voz á mi aliento;
Que en desventura tan grave,
Por una boca no cabe
A salir el sentimiento.

CELIA.—¿Qué ha sido?

D.^a ANA—Nuevos agravios

Del vil don Mendo; que en suma
Firma también con la pluma
Lo que afirmó con los labios.

CELIA.—Mudar consejo es de sabios;
Hasta aquí nada has perdido;
Tu misma vista y oído

Te han avisado tu daño:

Agradece el desengaño

Que á tan buen tiempo ha venido.

Quien así te injuria ausente,

Y presente lisonjea,

O engañoso te desea,

O deseoso te miente:

Y cuando cumplir intente

Lo que ofrece, y ser tu esposo;

Si ordinario, y aun forzoso

Es el cansarse un marido,

¿Cómo hablará arrepentido

Quien habla así deseoso?

D.^a ANA—No es, Celia, mi corazón

Ángel en el aprender,

Que nunca pueda perder

La primera aprehension:

No es bronce mi corazón,

En quien viven inmortales

Las esculpidas señales;

Mudarse puede mi amor: